LOS GIGANTES DE PIEDRA

Por Alvaro Chávez Mendoza

Guión para un documental antropológico filmado por R.C.H. Enterprises en super 8 m.m.
Director: Roberto Chávez

1. En el sur de Colombia, cerca del sitio donde el río Magdalena nace, entre valles y montañas andinas de tierra fértil, un pueblo desconocido nos dejó un portentoso legado de gigantescas estatuas de piedra.

   Los talladores ya no existen; pero sus obras permanecen eternas, enigmáticas, como un reto para investigadores y curiosos, como un regalo para los ojos de los artistas, como un un ejemplo para los escultores.

2. Cinco siglos antes de Cristo, ya estaba este pueblo ocupando la región. Hoy los llamamos agustinianos, pero no sabemos cuál fue su verdadero nombre, ni qué lenguaje hablaban.

   Comenzaron labrando la piedra para dar forma a figuras pequeñas, de rasgos elementales. Poco a poco llegaron a dominar las técnicas y ya en el siglo sexto de la era cristiana, la escultura llegó a ser refinada en la forma, poderosa en la expresión, inconfundible en el estilo.

   Viene después un tiempo de dorada decadencia, cuando las formas se hacen débiles y la riqueza ornamental opaca a la fuerza expresiva.

   Hacia el siglo XII desaparecen los agustinianos y aún hoy no sabemos por qué causa. ¿Fueron extinguidos por otro pueblo belicoso? ¿Fueron las sequías o las pestes las causantes de su desaparición? ¿Emigraron buscando mejores tierras, y si es así, hacia donde fueron? Todas estas preguntas continúan sin respuestas.

Estatua Dinástica.
San Agustín.
Foto Alvaro Chávez.

3. Aunque el destino de los agustinianos siga sin conocerse, sobre sus antepasados sí tenemos datos. Se formó esta cultura de la unión de dos corrientes migratorias: una llegó del norte, de tierras centroamericanas y otra vino de la región amazónica. Y allí, en la cordillera Central colombiana, dejaron la evidencia de su origen, representada en las figuras de grandes colmillos, que simbolizan el culto solar al jaguar, nacido entre los Olmecas de México, y los sacerdotes cubiertos con máscaras, como es costumbre en los pueblos de la Amazonía.

   El mito azteca del águila y la serpiente fue materializado siglos antes por los agustinianos, en una monumental escultura. Y la leyenda amazónica de un niño criado por los monos, está también representada en una talla de piedra.

4. Son múltiples los temas que trataron los agustinianos. Hay figuras de dioses solares, poderosos y fieros, con bocas felinas de colmillos salientes.

   Los sacrificios humanos se representaron por deidades que devoran a otros seres. Los guerreros portan escudos y garrotes y llevan sobre sus cabezas un doble-yo, emblema de los espíritus protectores.

Las figuras dinásticas se muestran con niños en los brazos: son los herederos de una estirpe, protegidos por su antepasado mítico.

El culto a la fertilidad se expresa en las mujeres embarazadas, de facciones suaves, que contrastan con la ferocidad de los dioses. Y la maternidad también es tema amorosamente tratado por los escultores.

Los animales, como símbolos de las fuerzas de la naturaleza, aparecen formando un colosal zoológico de piedra. La serpiente como emblema de muerte; los saurios, representando a la tierra; los buhos, asociados a las tinieblas y el misterio; y las ranas, portadoras de la lluvia.

El culto al agua tuvo lugar en fuentes como la de Lavapatas, donde ofrendas y ceremonias se efectuaron en un fantástico escenario de serpientes, lagartijas y ranas, modeladas entre canales y piletas. Un pueblo agricultor rindió allí su homenaje al agua vivificadora.

Dios Solar.
San Agustín.
Foto Alvaro Chávez.

5. También las tumbas son de piedra en San Agustín: recintos construídos con grandes lajas, donde se colocaba el cadáver en un sarcófago cubierto con una losa con la imagen del difunto. Allí se ponían ollas y cuencos con alimentos y bebidas para el más allá.

Al fondo, al frente o a los lados de la tumba están las estatuas, imágenes vigilantes que acompañan al muerto. Todo el conjunto se recubría de tierra, formando un túmulo, y allí descansaban para siempre los restos de los que fueron grandes señores de este pueblo.

Estas tumbas guardaron durante siglos los objetos que hoy nos cuentan la habilidad de los agustinianos para trabajar la cerámica y el oro.

Pero los hombres que hicieron posible ese universo pétreo, desaparecieron sin dejar rastro ni rumbo. Cuando llegaron los primeros conquistadores, toda la cultura agustiniana yacía enterrada.

6. Hoy los arqueólogos excavan las tumbas y rescatan el legado de nuestros antepasados indígenas, para enriquecer la ciencia, para reconstruír el pasado y para revaluar las culturas aborígenes.

Pero sigue siendo un misterio el destino de los agustinianos. ¿Por qué se fueron? ¿A dónde se fueron?

Los únicos testigos de lo sucedido son los gigantes de piedra que hoy, enigmáticos y silenciosos, causan la admiración y la curiosidad de miles de visitantes y el dolor de cabeza de arqueólogos.